

# El cuento de la tarántula

Surco



ex]-

## DIA 0. OPERACIÓN FENICIO

### I

Y a es la hora, Cristóbal.

—Gracias, Pepe, dame un minuto y vamos para fuera.

El ministro volvió al pequeño grupo del que se había apartado segundos antes. Cuando llegó, dio un paso rompiendo el círculo a la vez que tendía la mano.

— Pedro, me ha encantado la exposición, espero que te vaya bien la venta.

Pedro Olea entendió que se estaba despidiendo y le estrechó la mano de forma un poco precipitada. El pequeño contrapié le hizo trastabillarse.

— Ministro, muchas gracias por haber venido. Nos ha hecho muy felices a los dos.

— De nada, hombre. Para eso están los amigos. Dale un abrazo a Carlos y despídete de mi parte.

— Sí, desde luego — contestó Pedro algo turbado.

— ¿Carlos? —. Dijo por inercia, mientras repasaba la habitación de un vistazo y se daba cuenta de que no estaba. — Pero si estaba aquí hace un minuto. — El artista elevó el tono mientras se ponía de puntillas buscándole. — ¡Carlos!, ¡Carlos!. ¿Alguien ha visto a Carlos?

Los otros dos negaron con la cabeza. En el grupo de al lado otro hombre repitió el mismo gesto.

— Este Carlos...siempre desaparece en los peores momentos. Espere un segundo, ministro, voy a buscarle.

— No pasa nada Pedro, — respondió el ministro sujetándolo levemente por el brazo para que no se alejara. — A Carlos le veo a menudo y tenemos la suficiente confianza como para evitar formalismos. Que tengáis una buena tarde.

Los tres hombres respondieron a la despedida casi a la vez.

— Igualmente ministro—.

Pero Cristóbal no lo oyó. En dos zancadas había llegado a la puerta y estaba saliendo de la sala. Cuando llegó al recibidor se dirigió al mismo hombre con el que había hablado minutos antes.

— Joder, Pepe, pensaba que no nos íbamos a largar nunca de aquí. Solo me faltaba encontrarme con la prensa en medio de la exposición de cuadros del amante de Carlos.

— Desde luego ha sido arriesgado, ministro. No creo que le hayan dado mucha publicidad al evento, pero con estos nunca se sabe. Quizá no ha sido una buena idea... — Cristóbal Espinosa le cortó de golpe.

— ¿Y qué coño querías que hiciese? Ya sabes que todos le debemos mucho a Carlos y me ha insistido varias veces en que le haría mucha ilusión verme aquí. No sé qué perra le ha entrado conmigo últimamente, si no fuera porque le gustan los chavales, hasta pensaría mal — El ministro hizo una breve pausa y cambió de tema —. En fin ya hemos cumplido. ¿Está fuera el coche?

— Sí, ya me han confirmado que lo tienen aparcado enfrente. Podemos salir cuando quieras, ministro.

La ola de frío que llevaba azotando la ciudad toda la semana estaba en su apogeo. Esa tarde era la peor que se había visto en años. Los dos agentes de seguridad echaron un vistazo a la zona y cuando comprobaron que estaba des-

pejada, decidieron esperar en el coche hasta que saliera el ministro. A los dos les gustaba hacerlo fuera para no perder contacto visual con la calle, pero aquello era demasiado. El termómetro del ordenador de a bordo marcaba 5 bajo cero y el vaho empezó a empañar los cristales nada más encender la calefacción. El que estaba sentado al volante cambió de emisora e instintivamente miró por el retrovisor interior del coche para hacer una última comprobación. Antes de que el vapor cerrara la transparencia del cristal, pudo ver un movimiento extraño detrás de él.

— ¡Joder!, ¿Pero de donde coño ha salido ese viejo?

— El guardaespaldas abrió la puerta y salió del coche murmurando algo para sí mismo.

— ¡Anda que no tenía bancos!.... Y el carajal que ha montado el tío en 2 minutos con las migas y las palomas.

El otro agente le imitó por inercia. Cuando comprendió lo que estaba pasando avanzó hacia el mismo lugar al que iba su compañero gritando a medida que se acercaba.

— ¡Oiga!, ¡oiga, señor!. Lo siento mucho pero por motivos de seguridad no puede estar aquí.

Una bandada de palomas levantó el vuelo dejando visible un reguero de migas y excrementos de pájaro. En el centro del torbellino podía verse a un hombre de unos 70 años con una bolsa de papel en la mano. El viejo soltó la bolsa y cogió su cachaba tratando de incorporarse. El intento falló por falta de impulso.

— ¡Cabrones!. ¿Pero se puede saber qué os han hecho esos pobres pájaros para que los tratéis así? ¡Hijos de puta!

Los dos agentes llegaron a la vez junto al viejo y de una manera casi coordinada le cogieron de un brazo cada uno. Fue el más alto el que habló.

— Oiga abuelo, sin insultar. Ya le hemos dicho que no puede estar aquí, circule, por favor.

— ¡Hijos de puta!, ¡fascistas!. De aquí no me mueve ni dios.

— El viejo se agarraba al banco con una mano e intentaba blandir la cachaba con la otra mientras tiraban de él para incorporarlo.

— ¡Señor por favor!, tranquilícese.

Los dos guardaespaldas oteaban la calle bastante incómodos. En la acera del frente una señora paró para contemplar lo que estaba sucediendo. El viejo estaba cada vez más alterado y su tono de voz seguía subiendo.

— ¡Qué os den por el culo!. ¡Cabrones!. Para eso sirven la policía y el gobierno, para putear a las palomas y abusar de los viejos.

El hombre se resistía, pero poco a poco estaban consiguiendo incorporarle. La cachaba dejó de moverse y cayó al suelo. De pronto uno de los agentes se quedó de piedra. Una mancha oscura apareció en la entrepierna del anciano y comenzó a crecer rápidamente. Al guardaespaldas le salió de dentro.

— Joder, Luis, que este hijo puta se ha meado encima.

Los dos hombres dejaron de hacer fuerza y el viejo se desplomó en el banco mientras seguía insultándoles. En ese momento sonó un móvil. El que respondía al nombre de Luis soltó al anciano para contestar, luego miró a su compañero.

— ¡Deja al viejo!, sale el ministro.

A unos 10 metros dos hombres salieron de un local de exposiciones. Los dos guardaespaldas se incorporaron al grupo y los 4 subieron al coche. El vehículo arrancó y se alejó calle abajo entre los insultos de un viejo que ya apenas mascullaba. Cuando el coche dobló la calle a la derecha, Roberto Fandiño miró al otro lado de la carretera. Le había parecido ver a una mujer mirando, pero si la hubo ya

no estaba. Un problema menos. Se agachó a por la cachaba y la apoyó en el banco; luego cogió la bolsa de papel y metió la mano dentro para sujetar algo mientras la ponía boca abajo. Un montón de migas de pan cayeron al suelo formando un montículo. Dos palomas se aproximaban a él para comer cuando el hombre lanzó una patada con una agilidad sorprendente. Los dos pájaros salieron volando.

— ¡Putas ratas de aire!

El viejo sopló sobre el teléfono móvil que había sacado de la bolsa para quitarle las migas y marcó un número. Alguien descolgó al otro lado.

— Rosa Blanca al habla.

— Aquí Dingo Viejo. El ministro acaba de salir. Va en la parte trasera derecha de un Audi A8 negro matrícula KHF 3221 y ha doblado la calle Navajerías en la dirección prevista. Repito, parte trasera derecha, creo que estamos de suerte. — El viejo puso un tono solemne sin pretenderlo—. ¡Adelante operación Fenicio!

- Recibido. ¡Viva el F.S.R, compañero!

No hubo más conversación. Fandiño guardó el móvil y se quedó un rato sonriendo. Había tenido que mearse encima, pero aquello había merecido la pena.

## II

El evento se inauguró tarde porque Carlos había llegado con retraso. Pedro llevaba toda la tarde moviéndose de un lado para otro completamente fuera de sí. Era su primera exposición y todo tenía que salir a la perfección. Estaban invitados casi todos los empresarios amigos de Carlos, pero también había varios políticos del partido y algún crítico de arte. Pedro se puso aún más tenso. Llevaba mucho preparando todo aquello. Para ser exactos, llevaba media vida preparándose para todo aquello, desde que empezó con las clases de pintura a los 10 años hasta que terminó Bellas Artes en la facultad. Era su oportunidad de demostrar que todos aquellos críticos que no le consideraban especial estaban equivocados. Su gran oportunidad y como siempre, Carlos, lo estropeaba llegando tarde.

Se metió en el pequeño despacho contiguo a la sala de exposiciones y entró en el cuarto de baño. Sacó un pequeño bote metálico del bolsillo y espolvoreó parte de su contenido sobre un cristalito que guardaba en el botiquín. Picó el polvo, lo ordenó y se metió una raya. Después se mojó la cara y tras secarse se quedó un rato mirándose al espejo de baño.

Tenía 27 años. Era alto, guapo, con estilo y no necesitaba que se lo dijeran. Se había pagado toda la carrera con su cuerpo y nunca había tenido que preocuparse demasiado por cuanto costaba su tren de vida. Ahora solo tenía que demostrar que tenía talento.

Pedro resopló y apretó los puños conteniendo un ataque de rabia. Luego salió del baño, cruzó el despacho y se incorporó a la sala con el resto de los invitados. Al fondo

entraba Carlos desde la calle, venía solo. Pedro avanzó hacia él y sin saludar se le plantó delante golpeando el reloj de su muñeca con el índice mientras le interrogaba

— ¿Qué?— Carlos dijo algo de una reunión, pero Pedro no le escuchó. — Todo es más importante para ti que esto, ¿No?.

Carlos Roncero sonrió y lejos de pedir perdón puso un tono triunfal.

— Claro que no, Pedro y precisamente por eso he conseguido que venga Cristóbal Espinosa.

— ¿El ministro?

Pedro cambió totalmente el gesto y notó como la emoción se apoderaba de él. Tener un ministro en su exposición era más de lo que esperaba, aunque fuese el ministro de Hacienda.

— ¿Me lo dices en serio?

— Claro que sí, tonto. Y ahora pon tu mejor sonrisa, tranquilízate y atiende a los invitados.

Y eso es justo lo que hizo. Todo lo que le había dicho Carlos, menos lo de estar tranquilo.

Cuando se fue Cristóbal Espinosa, Pedro salió disparado hacia el despacho. Le parecía increíble que Carlos hubiese saludado a su amigo y hubiera desaparecido un minuto después sin dejar rastro. Abrió la puerta de golpe y vio que la luz del baño estaba encendida. Las lágrimas le caían por la mejilla y ya no pudo contenerse. Los 15 primeros golpes sonaron secos y seguidos en la puerta como una galopada de caballos.

— ¡Cabrón! ¿Me quieres hundir la vida? ¡Viejo de mierda! ¡Hijo de puta! ¡Sal si tienes huevos!

Se oyó una cisterna dentro del baño. Carlos puso cara de resignación y abrió la puerta. Estaba acostumbrado a

los ataques histéricos de aquel niño, pero empezaba a hartarse.

— ¿Se puede saber qué pasa?— Dijo el empresario.

— ¿Qué qué pasa, cabrón? ¿Qué qué pasa? Que el ministro se ha largado porque tú has desaparecido, eso es lo que pasa. Has arruinado toda la exposición. ¿Entiendes?— Y recalcó la pregunta con una sucesión de pequeños golpes en el pecho de su amante. Carlos le agarró las manos e intentó poner el tono más tranquilizador que pudo.

— Pedro— le dijo despacio—. Cristóbal solo iba a pasarse unos minutos de camino a otro acto. No se ha ido porque me haya ausentado un momento; de hecho el feo ha sido suyo por salir pitando sin esperar a que volviera, no me ha dado tiempo ni a mear. Parece que el señor ministro no estaba muy cómodo. — Carlos bajó el tono, como si la última parte de la frase la dijera para sí mismo—. Tendré que preguntarle si es más feliz cuando le llegan mis sobres.

Pedro aflojó los brazos, pero para sorpresa de Carlos empezó a llorar compulsivamente.

— ¿Y ahora qué pasa, Pedro? El tono era conciliador, pero se notaba en él algo de cansancio.

Su amante empezó a hablar entrecortado y apenas se le entendía.

— Que soy un desastre, que todos me odian, que mi exposición no le ha gustado al ministro y por eso se ha ido y...

Carlos le cortó —. Que no, ¡ven aquí tonto! — y le abrazó apretándose contra él mientras empezaba a besarle —. El ministro ha tenido que irse porque llegaba tarde a un acto. — le dijo y Pedro asintió lentamente. Segundos después le desabrochaba la camisa y empezaba a lamer su pecho.

Se oyó bajar una cremallera y la misma mano terminó el movimiento quedándose entre las piernas del empresario. Carlos permanecía de pie y empezó a acariciar la cabeza de su amante a medida que este perdía altura y se desplomaba. Miró al techo. Su grado de excitación era cada vez más alto. Sintió alivio cuando Pedro liberó su pene y empezó a moverlo de arriba a abajo. Poco después la mano se detuvo y notó como su lengua empezaba a devorarlo haciéndole sentir un placer tan intenso que rozaba lo inaguantable. Carlos masajeaba la cabeza de su amante tirándole del pelo cada vez más fuerte a medida que se convulsionaba. Las convulsiones empezaron a aumentar y supo que iba a dejar de controlar los movimientos de su cuerpo. Estuvo a punto de perder el sentido, o al menos eso le pareció a él. De pronto explotó y un chorro de esperma al rojo vivo llenó la boca de Pedro; este levantó la cabeza y abrió la boca jugueteando con su lengua en el centro de una marea blanca. Poco después se lo tragó todo. Ahora era Carlos el que le tocaba la polla y Pedro se dejó llevar. No tardó demasiado en correrse. Cuando terminaron se quedaron quietos por unos instantes. Pedro miró a Carlos y le preguntó

— ¿Me quieres abuelito?—. La pregunta salió con un tono tan inocente que Carlos sonrió.

— Claro que sí, pipiolo — y ambos se besaron —. Ahora vístete y sal a atender a los invitados. Es tu exposición y hoy hay que bordarlo, esta noche hablaremos de todo en casa.

— De acuerdo abuelito, me voy antes de que me dejes calvo tirándome del pelo.

Pedro se vistió en un minuto, salió del cuarto y por primera vez en todo el día se sintió relajado. Cuando se cerró la puerta, Carlos se quedó mirándola. Era un niño histérico, pero había que reconocer que sabía cómo chuparle la polla a un hombre. La frase fue tan nítida en su cabeza que nunca supo si la pronunció en voz alta o no.



## III

Rosa Blanca miró su reloj. Hacía más de 15 minutos de la llamada de teléfono y el coche tenía que estar a punto de llegar. Había encontrado un sitio ideal, apoyada en un buzón de correos desde donde se veía perfectamente el fondo de la calle y el final de la empinadísima cuesta de la perpendicular por la que tenía que llegar la bomba. El lugar era el indicado; las dos calles eran estrechas y en ellas solo cabía un coche. Para facilitararlo, tanto la perpendicular como la principal eran de una única dirección. Nada podía fallar. Habían ensayado aquello muchas veces. El tiempo exacto en el que la bomba tardaba en recorrer 30 metros por la cuesta. La distancia que podía recorrer un coche a una velocidad media por la principal en ese tiempo y el radio en el que podía impactar la bomba para romper el blindaje del coche. Dingo Viejo era un experto en calcular todo eso. Ahora solo quedaba ver el coche y hacer la llamada perdida cuando pasara por el punto señalado. Luego avanzar unos cuantos metros antes de que se produjera el impacto y resguardarse en un portal que estaría abierto nada más doblar la esquina. El plan era detallado y el margen de error casi nulo. No era necesario impactar directamente con la bomba en el lugar exacto donde viajaba el ministro, aunque eso aumentaría las posibilidades de éxito de la misión.

Rosa se paró a pensar en todo aquello. Desde que se adhirió al Frente Social Revolucionario no le había dado demasiadas vueltas. Conoció a Luna Azul años atrás y las conversaciones sobre cómo estaba el país eran comunes entre las dos. Para entonces ya se habían tocado las pensiones y la seguridad social funcionaba cada vez peor. En su caso,

toda su familia dependía de su pensión de viudedad y de lo que le dejó su marido tras morir unos años antes. Su hijo separado y sin ingresos vivía con ella en la misma habitación que había dejado cuando se casó. Su ex nuera con sus dos nietos apenas mantenía la hipoteca de su casa fregando escaleras y con lo poco que Rosa les daba todos los meses. Después de toda una vida trabajando, los suyos estaban al borde de la miseria, mientras banqueros y especuladores ganaban cada día más y más. ¿Y eso no era terrorismo?

Un buen día, Luna le invitó a una reunión y conoció al resto del comando; aunque tardó casi dos semanas en saber que formaban un comando. Al principio solo charlaban de sus situaciones y de las de sus vecinos y se ayudaban unos a otros. La tarde que se lo dijeron habían terminado una de sus reuniones habituales. Dingo Viejo le preguntó si se podía quedar. Rosa accedió y él le explicó que formaban parte de una organización que acababan de fundar. Le dijo también que en ese momento solo hacían labores de vigilancia y de obtención de información, pero que la idea era pasar a algo más cuando estuvieran preparados. Según Dingo, el F.S.R no tenía ideario político o al menos no como tal. Solo luchaba para paliar la injusticia social. Para meter el miedo en el cuerpo de aquellos hijos de puta y dejarles claro que robar, estafar y asesinar no salía gratis.

El movimiento creció rápido. En ese momento ya pasaban de los 30 activistas dispuestos a actuar en toda España. Al núcleo duro formado por antiguos militantes de otras organizaciones durante los años 60 y 70, se empezaron a sumar otros de diferentes edades que rejuvenecían algo la plantilla. Unos con experiencia militar, otros en funciones informativas. Clara Munilla aceptó integrarse en el grupo y tras aquella conversación, todos empezaron a llamarla Rosa Blanca. El recuerdo le vino a la cabeza en ese momento, apoyada en el buzón de correos; y justo entonces reafirmó

su compromiso con la organización. En su caso no era una enferma terminal, ni estaba sola en el mundo, pero estaba convencida de que a sus 74 años tenía la oportunidad de contribuir al futuro de sus nietos con bastante menos que perder que ellos.

Un coche dejó la avenida reduciendo la velocidad, cuando dobló por la calle del Santuario, Rosa pudo verlo al fondo. Modelo, color y matrícula coincidían. Era el coche. Sintió un escalofrío por todo su cuerpo y apretó el teléfono móvil en su bolsillo. Después lo sacó y buscó el número a marcar en la agenda. Tenía unos 20 segundos antes de que el coche llegara a la señal y de que tuviera que hacer la llamada perdida. 20 segundos que se hicieron eternos, pero que tuvieron fin. El vehículo llegó al lugar convenido. Rosa apretó el botón verde en su teléfono. Luego colgó y empezó a caminar unos metros hasta doblar la esquina y meterse en el portal que había dejado abierto Petete.

## IV

La furgoneta aparcó casi al final de la calle. Luna Azul se bajó y la rodeo hasta llegar a la parte trasera. Abrió las puertas y extendió la rampa. En su interior, enterrado bajo decenas de paquetes adheridos a su cuerpo, estaba Corzo Negro en una silla de ruedas a motor preparada para la operación. Luna le miró a los ojos, sin ocultar que los suyos estaban húmedos.

— ¿Estás seguro?

Corzo Negro asintió con la cabeza.

— No he estado tan seguro de algo desde que me casé contigo.

La mujer subió a la furgoneta y empujó la silla de ruedas por la rampa hasta el suelo, después cerró las puertas y la colocó suavemente en perpendicular al vehículo. Los dos se quedaron mirando instintivamente el final de la cuesta.

— Julio, aún puedes echarte atrás —. En estos casos el ejecutor puede renunciar hasta el último momento sin dar explicaciones, lo decidimos en la última junta.

Julio giró la cabeza y observó otra vez los ojos húmedos de su mujer. No contestó de inmediato, buscó el susurro más suave y delicado que pudo para zanjar el tema. Y la réplica fue aún más eficiente que cualquier discurso brillante.

— Nati, ¿Es que no me ves?

Y los dos volvieron a mirar otra vez al final de la cuesta. Pasaron un par de minutos y fue Julio el que rompió el silencio.